

## Aurelio Tanodi – Evocación

Celina A. Lértora Mendoza

En ese homenaje voy a referirme a dos aspectos vinculados con la persona y la obra de Aurelio Tanodi. En primer lugar, enfocaré su “historia de vida”; en un segundo momento analizaré la influencia de su concepción archivística en América Latina.

### 1. La figura

Hay que señalar en primer lugar, que el hecho de evocar hoy aquí el nacimiento de Aurelio (Zvlatko) Tanodi hace un siglo, en el pueblo de Hum, Croacia, integrante entonces del Reino de Croacia en el Imperio Austro-húngaro, representa un caso especial y notable de una *translatio studiorum* (para usar una expresión hoy corriente en historia de la filosofía y de la ciencia Oriente- Europa) asociada a una historia de vida, a un cúmulo de situaciones personales y circunstanciales, y no a un proyecto (individual, colectivo o político nacional) como es habitual historiar las relaciones entre inmigrantes y sociedades huéspedes.

Él mismo ha seleccionado los pasajes que consideró más importantes en su vida, en una exposición autobiográfica (publicada por *Mundo Archivístico* en 1984 y parcialmente reproducida por *Studia Croatica* en 1985), reiterados en una entrevista realizada por Ivo Kravic para el primer número de la revista *El Croata Errante*, en 1993. El entrevistado evoca sus estudios de historia en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Zagreb, donde se interesó especialmente por las disciplinas auxiliares: paleografía, diplomática y cronología, es decir, los instrumentos para la investigación documental en archivos. En la Universidad de Graz estudió paleografía y Derecho. En Croacia trabajó en el Archivo Histórico Municipal de Varazdim (en 1938), y de 1940 a 1945 en el Archivo Nacional Croata de Zagreb.

En 1942 debía celebrarse en Croacia el séptimo centenario de la obtención de los privilegios de libre y regia ciudad de Zagreb, con una bola solemne confirmada por sello de oro (de ahí su nombre de Bula de Oro). Entonces el profesor de ciencias auxiliares de la historia, Dr. Miho Barada, encontró en el texto del documento una gran omisión nunca vista en otros similares, lo que le indujo a considerarla apócrifa. Luego de dos años de estudio pudo confirmar su autenticidad. En 1992, al celebrarse los 750 años de la Bula, el Dr. Tanodi fue homenajeado por su aporte a la solución de este problema histórico, tan importante para la capital de Croacia.

Terminada la Guerra se exilió de su patria por razones políticas y se trasladó a Roma, donde siguió un curso de Archivística -1947-1948- en el Archivo Secreto del Vaticano, familiarizándose con otro tipo de documentos y reforzando su interés por la práctica archivística. Durante ese tiempo fue bibliotecario del Antonianum de la orden Franciscana.

Luego viajó a Argentina, donde residió de 1949 a 1953 en Comodoro Rivadavia. Durante esa estadía el Dr. Federico Escalada le dio una copia del documento de repartimiento de tierras que entregó Juan de Garay a los fundadores de Buenos Aires en 1582. Tanodi hizo una interpretación paleográfica adecuada del mismo, publicada en un artículo. El Dr. Carlos Luque Columbres en 1953 era Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, y había introducido la materia Paleografía y Diplomática en el plan de estudios de la carrera de Historia. La lectura del trabajo del Dr. Tanodi lo indujo a invitarlo a dictar dicha asignatura.

Desde esta cátedra y su actividad en la Facultad, impulsó los estudios archivísticos, creando en 1959 la primera Escuela de Archiveros de Argentina. Pero su labor más resonante fue su decisiva participación en la formación del Centro Interamericano de Desarrollo de Archivos

(C.I.D.A.) por parte de la Organización de Estados Americanos (OEA), en 1972, mediante un convenio con la República Argentina. Este Centro tuvo su asiento en la Universidad de Córdoba y fue dirigido por el Dr. Tanodi durante veinte años. Volveré sobre esto en la segunda parte.

El Dr. Tanodi cosechó variados reconocimientos y distinciones por su trabajo en América, destacándose el título “Doctor Philosophiae Honoris Causa” por la Universidad de Colonia, en 1985. Con anterioridad había sido nombrado Miembro Correspondiente por Córdoba, en la Academia Nacional de Historia, en 1970. En esa ocasión fue presentado por el Académico Carlos Segreti, quien destacó la importancia de los estudios documentales del nuevo académico, expresando, entre otros conceptos “El historiador es, entonces, debe ser, un agradecido deudor del diplomata, del paleógrafo, del archivero. Bien se sabe que, sin la colaboración de éstos, la investigación de aquél se demora o alcanza inferencias equivocadas o llega a una vía muerta cuando no se torna imposible desde el comienzo. Precisamente el Dr. Arelio Tanodi, nuestro recipiendario de hoy, es un destacadísimo especialistas en esas disciplinas”. Volveré sobre esto al final. También en 1970 fue nombrado “Doctor Honoris Causa en Paleografía y Archivología del Estado de Roma”, siendo entonces uno de los cinco archiveros que ostentaban ese grado en todo el mundo. En 1983 el *Anuario Interamericano de Archivos*, publicó un Homenaje Bibliográfico de 36 páginas, con noticias sobre la producción del Dr. Tanodi. En 1987 la OEA editó un libro colectivo en homenaje, *De Archivos y archivistas*, con colaboraciones de expertos de Argentina, España, Brasil, Chile, Perú, Francia, Italia, Alemania, Estados Unidos, Ecuador y Canadá, en que también colaboró su hija Branka. El último homenaje lo recibió en 2006, cuando la República del Perú lo condecoró con ocasión del 185 aniversario de la Independencia, con la Medalla de Honor al Mérito del Archivo General del Perú.

Cuando Croacia declaró su independencia separándose de Yugoslavia, el Dr. Tanodi fue invitado a regresar, luego de 47 años de ausencia. En 1992 se realizó en el Archivo Nacional Croata de Zagreb una exposición bilingüe “Encuentro de dos mundos - Croatas y América”, en homenaje a los 500 años del descubrimiento y al aporte de los inmigrantes croatas, exposición a la que contribuyeron los miembros de la diáspora con diversos documentos. El Dr. Tanodi dictó conferencias sobre la archivística de Argentina y Latinoamérica en diversas instituciones de Croacia (Archivo Nacional, Archivo Histórico de Varazdim, Instituto de Investigaciones Históricas, Archivo de la Academia Croata de Ciencias y Artes) y además participó en dos importantes Simposios históricos: uno sobre la fundación de Zagreb y el otro sobre Croatas en América.

Dos observaciones del Dr. Tanodi en estos años 90. La primera, su preocupación por los daños ocasionados por la guerra de independencia croata en su patrimonio cultural. El Dr. Tanodi compara las masacres y genocidios con actividades igualmente bárbaras perpetradas contra la cultura, y en especial contra su materialización en libros y documentos:

“Sólo en un campo fueron dañados varios archivos y bibliotecas. Los daños fueron considerables. Por ejemplo: 188 bibliotecas, de ellas 43 completamente destruidas con sus libros. Es de dominio público la embestida contra Dubrovnik, ciudad proclamada como patrimonio cultural de la humanidad” (*El Croata Errante*, 1993, p. 5).

La segunda observación es su balance sobre la inserción de la inmigración croata en América y especialmente en Argentina:

“La inmigración croata en América fue escasa hasta los fines del siglo XIX. Hubo algunas personas, preferentemente de orden eclesiástico, que se trasladaron a América en la centuria anterior. La más fluida emigración fue en el siglo XX hasta antes de la Segunda Guerra Mundial, que lo hizo con fines económicos. La emigración después de la Guerra lo hizo por razones políticas anticomunistas, en buena parte compuesta por los intelectuales. Un reducido número de ellos encontró adecuada ocupación profesional, en

lo cual a pesar del poco número, dieron buenos aportes al desarrollo cultural en Argentina y algunos otros países americanos” (Ibíd.).

Sin duda su caso personal se ubica en el mencionado número reducido que halló ocupación adecuada para hacer un aporte al desarrollo cultural del país receptor. En este modelo de historia de vida, tenemos el caso de un individuo totalmente formado en su país de origen, que se traslada definitivamente a otro muy distinto (en historia, cultura, lengua) donde reconvierte y adapta sus conocimientos, generando una nueva línea de trabajo antes inexistente o poco desarrollada. En este modelo de *translatio studiorum* hay una diferencia significativa con relación a otros científicos cuya historia de vida es similar, como los científicos que vinieron a Argentina, y sobre todo a Córdoba, en la época de Sarmiento, o los que se radicaron en la Universidad de La Plata a principios del siglo pasado, o la gran inmigración europea bélica y postbélica a la que perteneció Tanodi. Pero en general los científicos sólo cambiaron de idioma y eventualmente de tradición académica, mientras que sus conocimientos, sus métodos y sus intereses científicos (estudiar la flora, las estrellas o el átomo) siguieron siendo los mismos. La *translatio* operada por Tanodi implica una reformulación de contenidos y métodos, constituye una adaptación, una “domesticación” (hacer doméstico, en una expresión habitual de historiadores de la ciencia latinoamericanos). Y sobre todo, una reconversión del proyecto de vida, que va desde la instalación en la tradición europea del este a la latinoamericana y argentina, a la adopción de otro “nosotros” inmediato del trabajo académico y científico, a la necesidad de hacer propia la tradición histórica de la región para poder evaluar correctamente sus necesidades archivísticas. Esto, a diferencia de las otras historias de vida mencionada, no es común. Constituye un ejemplo interesante de lo que H. G. Gadamer ha llamado “fusión de horizontes”, para explicar el *mixtum* necesario y adecuado entre el horizonte epocal del agente y el de su historiador. Aquí yo aplicaría esta categoría a la fusión del horizonte de partida y el de llegada (que él visualiza con las palabras suyas que transcribí) para crear una nueva situación, que no prescinde –no puede prescindir– de las otras dos, pero que es por sí misma un *tertium quid*, una novedad cognitiva que aparece como un resultado positivo, un nuevo proyecto a ser continuado más allá de él mismo.

## 2. La archivística latinoamericana

En la entrevista mencionada reconoce que su formación europea ha sido determinante no sólo de su interés por los archivos como vocación personal, sino desde el punto de vista de las políticas públicas sobre salvaguarda de identidad nacional

“En los países europeos de larga tradición archivística, los archivos históricos tienen un significado especial, como guardianes de las pruebas fehacientes de su identidad nacional y cultura forjados a través de los siglos con documentos auténticos de su pasado, estudiado e interiormente vivido en el presente, que es el resultado del devenir histórico que sirve de base para el dinamismo vital en momentos presentes, los que mañana serán evocados como pasado, en gran parte por medio de documentos de archivo” (Ibíd., p. 4).

Pese a su afecto a la Argentina y en general a América, por cuya archivística nacional tanto ha trabajado, su balance, luego de los 20 años de trabajo en el C.I.D.A. tiene muchas sombras. Aunque reconoce la riqueza de los archivos latinoamericanos, y en especial la importancia documental que se conserva en Córdoba

“me deprimió en muchos lugares cierto descuido y falta de aprecio por parte de las autoridades y la sociedad general. Se requirió, se requiere y se requerirá todavía grandes esfuerzos para que los archivos ocupen y consigan ayuda científica, económica y de aprecio general de la sociedad Argentina y toda América Latina, tanto los históricos, junto con los administrativos que sirve para la administración pública y privada como nervio motor de sus gestiones” (Ibíd.).

Han pasado otros 20 años y, al menos en Argentina, la situación de los archivos no ha mejorado sustancialmente. Son conocidas las penurias de los documentos del Archivo Histórico Nacional. Los archivos que conservaban reparticiones públicas privatizadas en la década del 90 han sido desguasados, en buena parte se han perdido, y sólo se ha salvado parte de sus fondos gracias al esfuerzo de investigadores individuales. También volveré sobre esto. Lo mismo ha sucedido con el Archivo del CONICET y de otras instituciones oficiales, alojados en edificios poco aptos para su conservación y desde luego, no consultables. No es ocioso recordar aquí que el archivo intermedio de CONICET ha perdido parte de sus fondos, desafectados para hacer lugar, y que la actual gestión hace más de tres años que no recibe ningún documento de las secciones de gestión. El dossier original de las Actas del Directorio hasta c. 2000 fue salvado por el Instituto Zinny, que lo fotocopió y publicó parcialmente. En este panorama es digno de mención positiva el Archivo Histórico de la Universidad de Córdoba, en el que trabajó durante muchos años la hija del Dr. Tanodi, Es de desear que continúe en esta buena senda.

Desde el comienzo, el Dr. Tanodi tuvo el convencimiento de que la situación archivística no mejoraría sólo con legislaciones apropiadas o fondos oficiales destinados al sostenimiento de archivos. Lo imprescindible es contar con personal capacitado, algo que precisamente faltaba en América hace medio siglo. Escribiendo en 1992 (“Enseñanza Archivística Hispanoamericana”, *Los archivos. Memoria y conciencia de los pueblos*, Bs. As., C.I.D.A. / F.E.P.A.I, 1995: 7-17), y luego de veinte años de labor del Centro Interamericano de Desarrollo de Archivos, denunciaba esta carencia, advirtiendo que en tiempos de rápidos cambios tecnológicos, la incorporación de otros documentos no tradicionales (microfichas, archivos de computadora, contenidos de Internet) plantea problemas suplementarios a los ya existentes. Es conveniente entonces, recordar de qué modo veía el Dr. Tanodi una estrategia de abordaje.

En primer lugar se aprecia la correlación entre la formación de archivos nacionales hispanoamericanos y la organización de cursos y escuelas de archiveros. Sin embargo, está claro el defasaje cronológico. Recuerda que la primera enseñanza archivística sistemática hispanoamericana fue la Carrera de Archivística en la Facultad de Filosofía y Letras en la UBA, en 1923, es decir, cien años después de la creación del primer Archivo General de un país de esta región, el de México. Se suprimió al crearse la Carrera de Archiveros de Córdoba, de modo que la más antigua de esta zona es la Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía de México DF, de 1945. En años siguientes se fueron organizando estudios sistemáticos en muchos países hispanoamericanos.

A nivel regional, la OEA apoyó a los archivos luego de varios años de intenso fomento del desarrollo bibliotecario latinoamericano. Tanodi recuerda que la primera reunión Interamericana de Archivos, que tuvo lugar en Washington en 1961, contó con representación de la OEA y a partir de allí, y especialmente desde que Javier Malagón Barceló asumió el cargo de Director del Departamento de Asuntos Culturales, se dio un trato preferencial a los archivos.

En 1972 se convocó a la Reunión Técnica sobre el Desarrollo de Archivos, en Washington y en ella, bajo los auspicios de OEA, se planificó el desarrollo de archivos de los países miembros de OEA de habla española y portuguesa y Haití. Se creó primero un Centro Multinacional de Formación de Archiveros, con énfasis en lo educativo, que pronto se extendió al desarrollo archivístico en general, con el nombre de Centro Interamericano de Desarrollo de Archivos (C.I.D.A.). Recibió las directivas por medio de un documento titulado “Carta a los Archiveros Americanos”. El Centro funcionó por un convenio entre la Secretaría General de la OEA y el gobierno de la República Argentina, que de común acuerdo lo nombraron Director. El C.I.D.A. tuvo por objeto cooperar a la preservación del patrimonio documental de los países americanos miembros de la OEA, mediante la modernización y mejoramiento de sus archivos históricos y administrativos, públicos y privados, y contribuir al adiestramiento profesional de su personal y al perfeccionamiento de los profesores de escuelas de archivología. En 1973 la formación profesional pasó a ser el principal objetivo y los cursos en la Universidad de Córdoba comenzaron en 1974 y siguieron regularmente hasta 1988. Los cursantes eran becarios de la

OEA de todos los países y algunos lo eran de sus propias instituciones nacionales, habiendo cursado alrededor de 300 interesados. Muchos de los cursantes pasaron luego por la Escuela de Documentación de España en Madrid, y con toda esa experiencia pudieron llegar a cargos directivos en sus países y modernizaron y perfeccionaron el área, sobre todo, de los archivos históricos.

También desde el C.I.D.A. se propició la creación de carreras de nivel superior, en los países del área hispanoparlante, pero en este aspecto el desarrollo fue más lento de lo deseado. En 1992 Tanodi lamentaba que un buen número de países latinoamericanos no disponían de enseñanza sistemática de nivel superior, y cuando la había, no cumplía con las necesidades reales. En el contexto archivístico latinoamericano, el concepto de “archivo” abarca los históricos y los administrativos, siendo estos últimos mucho más numerosos. A la vez, las técnicas y los conocimientos requeridos son distintos y en general menores.

Consideraba en consecuencia, muy conveniente, más aún, necesario, diversificar la formación archivística según los lugares y las necesidades del fondo a conservar, propiciando la formación de técnicos con carreras cortas y bien delimitadas:

“Pero vivimos en tiempos de enorme progreso científico-tecnológico, cuando en todos los campos de actividades humanas se promueven los métodos estudiados e investigados tendientes a aplicación de normas universalmente reconocidas y aplicadas con formación de profesionales y técnicos debidamente formados en las instituciones docentes de enseñanza secundaria y terciaria, o capacitados en cursos y cursillo de respectivas especialidades.

Esta formación escolar y capacitación en cursos y cursillo es, en el campo archivístico, todavía el problema más difícil dentro de la problemática de personal de archivos, y requiere una urgente solución satisfactoria” (Tanodi, 1995, p. 7)

El Dr. Tanodi tenía en 1992 un plan de estudios específicamente archivísticos, de tres años, los dos primeros obligatorios para archivos administrativos y un tercero optativo para archivos históricos, cada año dividido en dos semestres. El primer año, primer semestre contempla: Archivística general, Producción y archivación de documentos; Ordenación. El segundo semestre: Administración Nacional, Descripción, Reprografía. El segundo año, primer semestre incluye: Selección, Conservación, Documentos de imagen y sonido (audiovisual). El segundo semestre tiene: Servicios y legislación, Computación, Metodología y práctica archivística. Como se aprecia, es un plan panorámico, que contempla lo fundamental, con doce materias, seis por año y tres por semestre, es decir, factible de cursar (si se sigue regularmente sólo se cursan simultáneamente tres materias) y aprobar en los tiempos normales sin necesidad de solicitar prórrogas. Como contempla la práctica en el último semestre, incluida en los tiempos lectivos, el graduado está en condiciones de desempeñarse sin urgencia de pasantías complementarias, aun cuando ellas sean, desde luego, convenientes.

El tercer año es necesario para aquellos agentes que van a desempeñarse en archivos históricos, pero no para los demás. Tal como lo expresa Tanodi, dado que la mayoría de los agentes requeridos van a desempeñarse en archivos administrativos, la exigencia de que para obtener un título habilitante deban cursar licenciaturas de cuatro o cinco años, con uno o dos años de archivología histórica –que además requiere conocimientos y formación histórica- puede constituir un obstáculo y desmotivar la carrera. También opinaba el Dr. Tanodi que los estudios de archivología histórica deben ser adecuados al tipo de documentos con que van a trabajar. Es decir, en nuestro caso, con documentos de los siglos XVI a XX, en su mayoría en castellano, eventualmente en latín, pero raramente en otras lenguas, o de otros tipos de escritura. Su propuesta es que en el primer semestre se estudie Paleografía Hispanoamericana, Instituciones Hispanoamericanas y Restauración de documentos; en el segundo: Planificación archivística y Pasantía con trabajo final.

La propuesta me parece importante y mi propia experiencia como usuaria de archivos de diferentes lugares y tipos de documentos justifica esta especialización. En efecto, un archivero de la Biblioteca histórica de Oxford deberá conocer paleografía latina, sajona antigua e inglesa, de los siglos VIII a XVII, y tener la capacidad de su lectura, mientras que no es necesario que posea la misma competencia en la encadenada española. Lo mismo debe decirse, sobre todo para catalogaciones y recatalogaciones, del conocimiento histórico, que debe poner en acento en las instituciones porque ellas constituyen el principal dato de rastreo, es decir, el origen.

Contra una corriente bastante extendida de añadir a los programas materias complementarias, históricas y culturales, opina que si bien son interesantes,

“...restan tiempo y energías que insumen a expensas de lo realmente necesario. A veces tales asignaturas están dadas por docentes bien especializados en ellas, que exigen muchos estudios y concentración en algo que prácticamente no tiene aplicación en los archivos. Hay casos en que esta intromisión obstaculiza los estudios e impulsa a los alumnos a dejar la carrera” (Ibíd., p. 16).

Además de estas apreciaciones, cuya pertinencia y valor predictivo ha mostrado la historia posterior, debemos reconocer que la carencia de una adecuada política de archivos administrativos e intermedios ha conspirado contra la conservación de documentación de real valor histórico. En la década de los '90, en casi todos los países del área, siguiendo una política neoliberal y privatizadora generalizada, muchas instituciones gubernamentales pasaron a manos privadas. Los acuerdos y contratos con las empresas privadas contemplaban muchos aspectos relativos a las responsabilidades por el fondo recibido, pero prácticamente ninguna reglamentaba sus archivos institucionales. De este modo, la empresa privada no se hacía cargo de ellos, y de oficio tampoco el Estado, puesto que difícilmente pudieran ser considerados “históricos” en el sentido exigido por las normas del Archivo Histórico Nacional y similares provinciales. Esa documentación ha sido conservada, en algunos casos, por el esfuerzo personal de investigadores. En otros casos se ha perdido.

En Argentina, y en Buenos Aires, podemos mencionar algunos ejemplos. Cuando se privatizó Gas del Estado, no se hizo ninguna inspección sobre los archivos que contenían los planos de gas de los edificios de la ciudad de Buenos Aires. De hecho han desaparecido. La consecuencia es que hoy no es posible saber por dónde pasan los conductos de gas en los edificios construidos con anterioridad a la fecha de privatización, que son la mayoría, salvo que, excepcionalmente, algunos arquitectos o propietarios hayan guardado copia del plano original, que no es usual, pues lo que se conserva habitualmente es el plano de planta. Esto significa que, en caso de inspección y reparaciones de pérdidas del fluido (es decir, en caso de peligro) es necesario romper las paredes para ir encontrando los caños, con el considerable aumento de costo y pérdida de tiempo, que en casos urgentes constituye un grave riesgo. Sin embargo, nadie se ha hecho cargo de reconocer el error de la laguna normativa, que se repite en el caso de ENTEL, cuyo museo fue salvado tras una ardua batalla académica y legal, conservándose los documentos que se desglosaron por su valor histórico, pero que constituyen una mínima parte del archivo administrativo, que también es fuente importante para el estudio de la historia tecnológica de Argentina. Una situación similar se ha dado con Obras Sanitarias de la Nación y Aguas Argentinas.

Quisiera mencionar, para finalizar este comentario, que la distinción mencionada por el Dr. Tanodi sin duda es válida y adecuada para la delimitación de las competencias profesionales requeridas a los archiveros; pero para los historiadores los archivos administrativos son muy importantes, y no sólo aquellos documentos que pasan al llamado “archivo intermedio”, sino en general y en su conjunto. Desde 1972 los estudios históricos en toda la región, y por supuesto también en Argentina, se han diversificado en sus temas y métodos. Yo me atrevería a decir que hoy por hoy, la historia reciente, la microhistoria y la historia oral constituyen un porcentaje muy relevante del número total de proyectos de investigación, y en algunos casos son

absolutamente mayoritarios, por ejemplo, en el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, en los proyectos de historia de la ciencia y la tecnología de Institutos de universidades del Área Metropolitana de Buenos Aires, y en temas de tesis y tesinas. El caso de los proyectos de investigación, seminarios de postgrado, y temas de tesis del Departamento de Humanidades Médicas de la UBA es un claro ejemplo: mientras que hace 50 años la Cátedra de Historia de la Medicina tenía poca investigación de historia reciente, hoy es mayoritaria. Estos estudios, a su vez, siguen metodologías de abordaje de tipo cuali-cuantitativo, analizan planos edilicios, documentos que registran actos administrativo-académicos (compras de insumos, reformas de asignaciones y partidas, fichas sistematizadas de historias clínicas, etc.). Los investigadores no buscan sólo un reducido número de documentos que puedan servir como muestreo válido del conjunto, sino el conjunto mismo, que se analiza con técnicas cuantitativas y analíticas. La pérdida de documentación administrativa afecta no sólo a los usuarios y sus eventuales derechos, en cuanto tenga carácter de prueba jurídica, sino también a la historia local, disciplinar o sectorial.

Con esto no quiero significar que la diferencia establecida por el Dr. Tanodi haya perdido vigencia, pues ella se refería sobre todo a los aspectos formativos del archivero. Quiero significar sí, que el punto de vista de OEA de hace 40 años, privilegiando los archivos históricos tradicionales, hoy debe ser reformulada atendiendo a los cambios en el modo de hacer historia. Esta sería una lógica continuación de la *translatio* iniciada con la llegada del Dr. Aurelio Tanodi a América, Argentina, y a la inserción de su historia de vida en la nuestra, historia que hoy cumple un siglo.

\*

Permítaseme, para concluir, una reflexión personal, producto de mi actividad como usuaria de archivos históricos y como paleógrafa de textos filosóficos. El Dr. Tanodi confesaba que desde el comienzo de sus estudios, se había inclinado a lo que entonces se llamaba “las ciencias auxiliares de la historia”, a las que se refería el Dr. Segreti en la alocución que he mencionado. Hoy no se emplea esa denominación e incluso pareciera que dichas disciplinas se han independizado de tal modo que su relación con la historia ha quedado desdibujada, cuando no suprimida. Pero el Dr. Tanodi tenía muy claro qué significa ser una disciplina “auxiliar”, sin que ello conlleve ningún tipo de menoscabo personal a sus especialistas, como a veces parecen creer algunos de ellos. La función de un archivero no es “guardar documentos”, sino al contrario, disponerlos para su consulta. La del paleógrafo no es regodearse analizando características especiales de letras exóticas, sino proporcionar una versión legible de un texto culturalmente importante. Si esto se pierde de vista, y se tergiversa la adecuada relación entre historiador y especialistas auxiliares, el resultado no es sólo el que apuntaba el Dr. Segreti, es que, además, se pone en cuestión e incluso se deslegitima la profesión misma. Si nadie consulta un archivo, es muy posible que sus papeles se guarden en cajas de seguridad y desaparezca el cargo de archivero. Esto está pasando con los archivos administrativos argentinos y no es ningún secreto. Si los paleógrafos de formación histórica no colaboran con los especialistas de otras disciplinas, sucederá que se formarán paleógrafos ad-hoc, porque en definitiva lo que importa es que cada quien puede leer los documentos que necesita para su investigación, aun cuando no llegue a ser un especialista en paleografía. Eso ocurre hoy en varias disciplinas como letras, filosofía e historia de las ciencias. Esta situación no es buena para nadie. Por eso creo que esta celebración debiera ser también una ocasión de revisar nuestros comportamientos profesionales y académicos y potenciarnos en conjunto, para dar testimonio del valor de las Humanidades, en momentos de ardua lucha por su continuidad académica. Ese sería, considero, el mejor tributo al Dr. Tanodi.